

UN TALLER DE ICONOGRAFÍA BIZANTINA EN EL CORAZÓN DE ARGENTINA

En la ciudad de Córdoba, en el centro de Argentina, una iconógrafa, M. Josefina Echegaray dirige un taller de iconografía bizantina. Recuperando las técnicas originales y ayudando a sus alumnos a realizar el camino espiritual indispensable para “escribir” iconos, le ha dado a la materia nuevamente la posibilidad de hablar de Dios y ser el puente del encuentro con él.

La hemos entrevistado y nos revela algunos de los secretos del “arte sagrado”.

Notamos en occidente un interés creciente por los iconos orientales ¿Por qué Iconos Bizantinos?

Porque en los Iconos están condensados los grandes temas de la fe y los Misterios de Cristo. Como dice San Pablo: todos estamos llamados a alcanzar en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 2-3). El Icono, lenguaje de la Belleza, lleva implícita una finalidad apostólica concreta: la enseñanza y el conocimiento de los Misterios divinos, la memoria de la Presencia divina y la santificación de quienes lo contemplan.

¿POR QUÉ UN TALLER DE ICONOGRAFÍA?

Hemos sido convocados a participar y conocer el arte de la iconografía bizantina, un arte que tiene como misión posibilitar la visión trascendente, un arte que convoca a todos los que buscan a Dios con un corazón puro, que son los que verán a Dios.

Antiguamente, el arte era considerado como la función ennoblecida de realizar los actos cotidianos, hasta los más mínimos actos, por que todo era sagrado, todo tenía el valor dado por la vida. Con arte se celebraba a Dios, era la alabanza al Creador de todas las cosas. ¡ALABEN AL SEÑOR! ¡TOQUEN CON ARTE! dice el salmo 32.

El arte era preeminentemente litúrgico. Ya en el libro del Éxodo Dios llama por su nombre a los artífices del Santuario y los llena de su Espíritu confiriéndoles habilidad para realizar los trabajos en servicio del Santuario y para que ejecuten las obras conforme a lo que el Señor había mandado (Ex. 31).

Hoy se considera el arte como un producto de mercado y contemplación estética, con una tendencia, a exaltar al hombre y prescindir de Dios.

SIN EMBARGO A MUCHAS PERSONAS NO LES RESULTA FÁCIL RECONOCER LA BELLEZA DE LOS ICONOS

No, nos toca vivir un tiempo fuertemente visual en el que fácilmente somos víctimas de las imágenes que nos rodean, imágenes comerciales, imágenes seductoras y violentas... y lo que vemos queda grabado en nuestro corazón, en nuestra memoria. Por tanto se hace necesario más que nunca enriquecer nuestro espacio interior mediante la imagen pura, la imagen que nos hace sensibles a la Verdadera Belleza. La “belleza divina” en si misma o en cualquier imagen de ella es un fin que atrae toda voluntad. La belleza “convoca”... como lo dice la palabra griega kalós que significa “bien-bello” que a su vez deriva de kalos que significa “llamar”, “gritar”. Por eso el libro de los Proverbios dice “LA SABIDURIA ESTA GRITANDO, EN LAS PLAZAS ALZA SU VOZ... GRITA POR ENCIMA DEL TUMULTO... A USTEDES HOMBRES LOS LLAMO.” (Prv. 8,1.4+1,20-21)

La palabra belleza, de su antigua raíz sagrada, el sánscrito, viene de Bet-el- (za) = el lugar en que Dios brilla, podemos decir el lugar en que Dios se manifiesta. Tal vez es la palabra más próxima de sagrado, de religiosidad en la expresión humana. En el sentido hebraico es la “shekinat”, la gloria de Dios manifestada en todo su esplendor. Por eso el hombre reposa y encuentra un equilibrio cuando lo bello se manifiesta en su vida, es para él razón de alegría, de felicidad, de esplendor, de verdad. Ahí el hombre está bien próximo de su centro, de su razón de ser. La belleza está íntimamente ligada a lo sagrado en el sentido más profundo del ser humano. Es la belleza del hombre oculta en el corazón como dice la epístola de San Pedro (1 Pe. 3,4).

El hombre, por ser imagen de Dios ha sido creado para la belleza. Los iconos conducen al hombre a la “belleza divina” y lo impulsan al deseo de la santidad a través de la belleza.

Los iconos son imágenes sagradas que nos invitan a contemplar los misterios de Dios y a sublimar las tres facultades del alma, la inteligencia a través del conocimiento de los misterios, la memoria a través del recuerdo constante de la presencia simbolizada en ellos y la voluntad como consecuencia de la santidad que proponen.

La Iglesia ve en los iconos uno de los medios para adquirir la semejanza de Dios. Los Santos Padres distinguen imagen de semejanza. Dios plasma su imagen en el hombre, la semejanza la da el Espíritu Santo. La imagen sería el “ser”, la semejanza el “quehacer” del hombre icónico, es la tendencia hacia la perfección. De la imagen a la semejanza es el itinerario del progreso espiritual, del progreso en las virtudes y la imitación de Cristo, imagen de Dios, que nos dice “SEAN PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE DEL CIELO ES PERFECTO” (Mt. 5,48).

Al pintar iconos, o más bien al escribir iconos, vamos reflejando en la imagen este progreso espiritual del hombre, realizando la técnica de la aclaración progresiva. Podemos decir que esta imagen, este icono, tiene la capacidad de transmitir el estado deificado de su prototipo a quien lo contempla con espíritu de fe y apertura de corazón y cuando un ser humano ha llegado a la plenitud de la madurez espiritual por obra del Espíritu Santo, es imagen que se asemeja.

¿QUÉ RELACIÓN TIENE EL ARTE DEL ICONÓGRAFO CON LA MADRE DE DIOS?

En la Theotokos, la Madre de Dios, el Espíritu de la Belleza tiene un lugar privilegiado. Solo a través de su icono podemos acercarnos al misterio. El solo nombre de la Theotokos ya contiene todo el misterio de la economía de la salvación.

“Era necesario que aquella que daría a luz al más bello de entre los hijos de los hombres, fuese ella misma de una belleza admirable”, nos dice Gregorio Palamas. “Queriendo crear una imagen de belleza absoluta y manifestar claramente a los ángeles y a los hombres el poder de su arte, Dios ha hecho toda hermosa a María”. “QUE BELLA ERES AMADA MIA... TODA HERMOSA... NO HAY TACHA EN TI”... proclama el Cantar de los Cantares. “PRENDADO ESTA EL REY DE TU BELLEZA” (Sal. 44).

Dionisio Areopagita dice a la Theotokos: “Deseo que tu icono se refleje sin cesar en el espejo de las almas y las conserve puras hasta el fin de los siglos, que vuelva a levantar a los que están inclinados hacia la tierra y que dé esperanza a los que contemplan e imitan este eterno modelo de belleza”. Así cuando el relato evangélico dice: “QUIEN HACE LA VOLUNTAD DE DIOS ES MI MADRE” no pone el acento sobre la Virgen sino sobre todo hombre, quiere decir que a todo hombre se le ha dado la gracia de dar a luz a Cristo en su alma, de identificarse así por analogía espiritual con la Theotokos, por tanto, de ser portadores de lo bello en nuestra alma.

¿CÓMO SE CONTEMPLA UN ICONO?

Los iconos no son fáciles de observar. Son imágenes que nos hablan a través de símbolos. A primera vista se manifiestan como algo rígido y esquemático. Algunas imágenes pueden parecer duras a nuestra sensibilidad cuando vemos sobre todo iconos de santos con los rostros macilentos. Lo que intentan reflejar es que los santos han alcanzado lo que los Padres llaman “apatheia” (imperturbabilidad), son rostros que irradian la paz de los que han triunfado sobre sus pasiones.

El centro de la representación es el rostro: es el lugar de la presencia del Espíritu de Dios.

- Los ojos son el reflejo del alma que nos llama. Iluminados por la visión de Dios los ojos nos comunican el mensaje divino de presencia, misericordia, verdad y contemplación.
- Las cejas refuerzan la expresión de la mirada. La mirada icónica es frontal y directa, una mirada que interpela y lleva al hombre a encontrarse con el centro de su ser. No hay perfiles, salvo los de quienes interrumpen el diálogo con Dios.
- La frente es el centro de la sabiduría y la inteligencia. Frecuentemente es muy alta, curva y esférica, representando la fuerza del espíritu y la sabiduría propia de los hombres de Dios.
- La nariz es fina y alargada, signo de nobleza, las ventanas de la nariz son pequeñas y discretas puesto que deben expresar el dominio interno de las pasiones.
- Los labios son finos, carentes de sensualidad, geométricos y siempre cerrados en el silencio de la contemplación.
- Los oídos escuchan la palabra divina.
- La barba poblada y generosa del santo manifiesta su fuerza y serenidad.
- Las mejillas irradian luz interior, solo aquellas de los ascetas muestran arrugas profundas, marcas de ayunos y vigias.

Contemplando la “belleza divina” en los iconos aprendemos que el mejor icono de Dios es el santo “transformado en esa misma imagen” como dice San Pablo (2 Cor. 3,18).

EL “RINCÓN BELLO”

Los iconos elevan nuestra mirada hacia el Altísimo, por eso, en Oriente están colocados en las casas en un lugar alto al que llaman “ángulo de belleza o rincón hermoso”. Cuando una persona ingresa a esa casa, primero eleva su mirada hacia el icono, se inclina en veneración y luego saluda al dueño de casa. La belleza del icono nos invita a elevar nuestra mirada y a mantener nuestros ojos fijos en la belleza del Señor. “ALLI ESTARAN MIS OJOS Y MI CORAZON TODOS LOS DIAS” dice el cronista (2 Cro. 7,16).

Los Santos Padres, siguiendo el pensamiento griego, señalan cierta superioridad de la imagen sobre la palabra, por que si bien ambas nos ponen en contacto con las personas y los misterios, la palabra accede al oído pasando por el discernimiento de la inteligencia, o sea, de manera no inmediata, en cambio en la visión la imagen se presenta directamente al espíritu.

Dios nos muestra su rostro en Jesucristo. El Espíritu Santo descansa sobre El y nos revela su belleza absoluta divino-humana, que ningún arte puede reproducir adecuadamente. Solamente el icono puede sugerirla a través de los esplendores del Tabor. En la Transfiguración el Señor mostró su gloria, pero de poco hubiese valido que Cristo resplandeciese si nadie hubiese sido capaz de contemplarlo tal, si los que estaban allí presentes no hubiesen tenido ojos para percibir la transfiguración. Como dice San Juan Damasceno: “la transfiguración no implicó un cambio en Cristo, ni siquiera en su naturaleza humana, sino que el cambio se produjo en el interior de los apóstoles que recibieron por un momento la facultad de `ver` a su maestro tal cual era, resplandeciendo con la luz eterna de su divinidad”.

LA PURIFICACIÓN DE LA MIRADA

Los iconos son imágenes que nos invitan a purificar nuestra mirada interior, despojándonos de las preocupaciones mundanas, para acceder a la visión sobrenatural. Para llegar a esta visión debemos liberarnos de las escamas que cubren los ojos del espíritu mediante un ascenso escalonado pasando de la visión sensible a la intelectual, llegando por último a la espiritual. Para que el icono cumpla su cometido se hace necesario que el hombre arranque de su vida las trivialidades cotidianas y se abra al mundo sobrenatural. De no ser así el icono quedaría en la superficie, en la visión puramente sensible y no pasaría de ser una madera pintada. El icono es superficie a la vez que profundidad en donde podemos sumergirnos en búsqueda de lo absoluto.

La contemplación del icono supone un acto de humildad de la razón para ser capaces de reconocer a “AQUEL QUE ES” a partir de las cosas visibles. POR QUE LO INVISIBLE DE DIOS SE DEJA VER A LA INTELIGENCIA A TRAVES DE SUS OBRAS (Rm 1,20). Si nos hacemos como niños

despojándonos de la sabiduría del mundo, educando nuestros ojos en la escuela del silencio interior entonces podremos ver con los ojos de Dios, PUES EL HA FIJADO SU MIRADA EN NUESTROS CORAZONES PARA QUE PODAMOS CONOCER SUS OBRAS (Si.17). De lo contrario se corre el peligro de quedarse en el escalón intelectual, de quedarse por el entendimiento en puros conceptos.

Para llegar a la visión espiritual de la imagen se requiere haber madurado, haber pasado por el ayuno de los ojos que se sitúa más allá de las sensaciones y discursos. Es ya una mirada que esta en relación directa con el Espíritu Santo ya que hemos sido sellados con sus dones. Mirar el icono con los ojos del Espíritu o con los ojos de la Paloma como dice Gregorio de Nisa, es ir mas allá de las apariencias, es contemplarlos con los ojos transfigurados por la luz divina, pues

el Señor ilumina los ojos de nuestro corazón para que podamos conocerle. Los iconos hacen posible la contemplación espiritual, son una ventana a lo trascendente. La Palabra se hace objeto de contemplación. Ya Job lo anticipaba diciendo: “MIS OIDOS TE HABIAN ESCUCHADO, PERO AHORA MIS OJOS TE HAN VISTO” (Jb. 42,5). Y luego Cristo dice: “DICHOSOS LOS OJOS QUE VEN LO QUE USTEDES VEN” (Lc.10, 23). Jesús abrió los ojos de los ciegos y cuando cura a un ciego de nacimiento le pregunta “¿TU CREES EN EL HIJO DEL HOMBRE? EL RESPONDIO ¿QUIEN ES SEÑOR PARA QUE CREA? JESUS LE DIJO: LE HAS VISTO, EL QUE ESTA HABLANDO CONTIGO, ESE ES” (Jn. 9,35).

¿CUÁL ES EL MISTERIO DE LOS ROSTROS?

Los personajes en los iconos tienen una majestad hierática. Son como una tercera belleza, intermedia entre la fotografía y el lenguaje abstracto. En general están vestidos con gran elegancia, según el estilo bizantino, aunque no faltan iconos en los que aparecen algunos santos desnudos cubiertos solo por una larga barba que llega hasta los pies; las figuras son esbeltas, los rasgos iluminados, la frente ancha, los ojos profundos, los oídos atentos.

Todo el mensaje está en el rostro, donde se descubre la imagen de Dios en el hombre. Los personajes son figuras hieráticas, inmóviles como quien contempla y se deja contemplar. La carne nunca tiene el color natural. Es como una transfiguración de la naturaleza humana que anuncia la resurrección de los muertos.

En Cristo y por medio de Cristo, Dios se hace rostro. Rostro único es el rostro de los rostros.

Una cara única se repite a través de los rostros icónicos de los santos. En Cristo y por Cristo se revela la cara eterna de cada ser humano. Un rostro único, modelo interno de cada rostro icónico.

Despejada del naturalismo, la cara humana se transforma en un disco plano rodeada de una aureola dorada. La estética del icono le da preferencia a la posición frontal del personaje. De frente, el rostro del santo alberga silencio y oración. Oración pura y fuera de todo, el ser se dedica a un único pensamiento. Los ojos inmensos contemplan al espectador. En la acogida, la mirada es el lugar de un encuentro vivo. Del rostro visto de frente al rostro visto de tres cuartos, la posición cambia, la mirada permanece.

El rostro por detrás está excluido. Raramente los santos son representados de perfil. El perfil evidencia una ruptura, interrumpe la comunión de los ojos. Solo son pintadas así las personas que no han alcanzado la santidad. El perfil es a menudo símbolo de la tentación, símbolo del espíritu de la duda, como el pastor dibujado de perfil que conversa con San José en el icono de la Natividad.

En la cena mística solo Judas es representado de perfil. Mientras los discípulos contemplan a su Señor y al mismo tiempo al que se aproxima al icono, Judas, con otra mirada permanece ajeno a la comunión.

Rostro único: “mirada única” evocada en el Cantar de los Cantares.

“ La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso” (Mt. 6, 22)

Purificados y santificados, los ojos del alma penetran lo invisible. “ Aquel que solo tiene el ojo del alma, solo mira el bien y tiene la mirada aguda y penetrante” (Gregorio de Nisa).

Un ojo icónico cristaliza esta visión. La Biblia otorga al profeta la calidad de “vidente”, “aquel que ve”, “centinela”. El santo del icono mira, ve, vigila y observa. Las cejas arqueadas rodean los grandes ojos inmóviles. El ser se consume en el fuego de la contemplación.

Los poderes sensoriales se interiorizan. Los labios son finos y siempre cerrados. El Hijo es “el Verbo surgido del silencio”(Ignacio de Antioquía). “El amigo del silencio se aproxima a Dios; en el secreto se entretiene con él y recibe su luz ”(San Juan Clímaco). A imagen de los ángeles, los santos son los “portadores del silencio divino” como luces reveladoras puestas por el Inaccesible para hacerlo manifiesto a la entrada misma del santuario. El icono de “San Juan en el silencio” expresa el secreto de la expresión de los labios sellados, motivo muy tratado por los grandes iconógrafos de todos los tiempos.

La nariz fina se reduce a un hilo luminoso que conecta la boca con los ojos. El claroscuro es rechazado y los cuerpos no proyectan sombra puesto que la luz divina “desciende del Padre de las luces, junto al cual no hay cambio ni sombra de variación”. Las orejas son reducidas y como interiorizadas: el ser escucha al corazón como la madre de Dios que “guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón”(Lc. 2, 19).

La masa de los cabellos forma modulaciones armoniosas que encuadran el rostro y lo imponen.

Los cuerpos desnudos son asexuados, son cuerpo interior. Desprovistos de su volumen material, los cuerpos aligerados de los santos, desnudos o cubiertos bajo los suntuosos hábitos litúrgicos, acentúan el carácter hierático de los rostros que portan.

Una presentación de la exposición de los iconos del Vaticano, de Diciembre de 1.989 a Enero de 1.990, describe así la estética del icono que se concentra en los rostros:

“El centro de la representación es siempre el rostro; es el lugar de la presencia del Espíritu de Dios, porque la cabeza es la sede de la inteligencia y de la sabiduría. El rostro se construye en torno a tres círculos: el primero, normalmente dorado, contiene la aureola, símbolo de la gloria

de Dios, el segundo comprende la cabeza y en ella aparece la frente como sede de la sabiduría, muy alta y convexa de forma que aparezca la fuerza del espíritu; el tercer círculo comprende la parte sensual del rostro y expresa la naturaleza humana de la que el personaje representado se ha revestido durante su vida. Los ojos, cuya mirada se irradia hacia el espectador y contiene concentrada toda la atención, son grandes, fijos y severos. Las narices son delgadas, vibrantes bajo el soplo del espíritu y manifiestan el amor apasionado por Dios. La boca es diminuta, a veces está dibujada en forma geométrica y está siempre como cerrada en el silencio de la contemplación”.

“Dios ha iluminado nuestros corazones para que brille el conocimiento de su gloria que está en el rostro de Cristo” (2Cor. 4,6).

El icono es alabanza. Su belleza se encuentra en su contenido dogmático.

EN LOS ICONOS LLAMAN LA ATENCIÓN LOS COLORES VIVOS Y LA PERSPECTIVA INVERTIDA

El iconógrafo usa colores naturales vivos (son de origen mineral: carbonatos, silicatos, óxidos, etc.) y a través del lenguaje de los colores expresa también una belleza y unas características especiales del lenguaje iconográfico.

La luz juega un papel importante. La superficie superior del icono está siempre más iluminada para mostrar que la luz viene siempre de lo alto. Y el fondo del icono, llamado luz, expresa que el icono está en la luz del misterio de Dios. La progresiva claridad que se le da al icono con ocre amarillo también se llama luz. Se atribuye a Teófanos el Griego (siglo XIV) la introducción del “asisto”, con ligeras pinceladas de oro en los vestidos de Cristo, de la Virgen, de los santos o en las alas de los ángeles, la cual expresa la transfiguración de las personas mediante la luz, que es el elemento divino que penetra la figura y los vestidos.

No existen claroscuros, ni sombras para dar relieve. Se emplea en cambio, el método de la clarificación progresiva dando pinceladas cada vez más claras a partir de una base oscura.

El pintor, aún siguiendo modelos anteriores, por lo general respeta el simbolismo vinculado con algunos colores. Por ejemplo:

Blanco: puede representar dos polos opuestos: la plenitud de la divinidad y la situación de muerte. Blanca es la figura de Cristo en la transfiguración y en la resurrección. Blanco es el color del vestido que envuelve al niño Jesús en el nacimiento o a Cristo y a Lázaro en su sepultura. Blanco es el vestido de María acogida como una criatura pequeña en los brazos de Cristo en el icono de la Dormición.

Azul: puede representar la realidad celestial o la terrestre. En Cristo, el manto azul simboliza la humanidad que ha asumido en la encarnación. La

Virgen tiene un vestido azul de creatura. También está el azul en la mandorla de la transfiguración y en el ángel central de la Trinidad de Rublev.

Rojo Púrpura: son símbolos de lo divino. Por esto Cristo casi siempre está representado con una túnica púrpura. En la Virgen, este color recuerda su proximidad especial con lo divino. También puede ser el fondo de un icono, siendo símbolo de vida. Son célebres los fondos rojos en la Escuela de Novgorod.

Verde: signo de vitalidad, indica la tierra o la humanidad.

Negro: este color se hace presente en los iconos para designar el lugar de las tinieblas, donde falta la luz, lugar donde Cristo se hace presente o se inmerge, como en la gruta de Belén del icono de la Natividad, el Jordán, en el icono del Bautismo, el infierno en el icono de la Resurrección de Cristo entre los muertos.

En la forma de pintar los iconos juegan un papel importante algunas estructuras geométricas como el círculo, el triángulo, el cuadrado. Cada icono tiene en realidad una misteriosa infraestructura geométrica en su dibujo inicial, son los soportes quizás no advertidos en una primera mirada pero fácilmente reconstruibles y que dan armonía al conjunto.

La arquitectura en los iconos es muy extraña. No hay ningún respeto a las proporciones. Las puertas y ventanas están en lugares extraños y por las proporciones que tienen no se pueden utilizar. Las partes internas apenas tienen un indicio de pared. Una cortina corrida al fondo es señal de que no se está en el exterior. El mundo vegetal y animal cuando aparece está representado por algunos indicios, a veces con formas algo extrañas fuera de la lógica humana.

La perspectiva en su mayor parte es invertida para poner de relieve ante nuestros ojos lo que es más importante. Las líneas de perspectiva no se encuentran en un punto de fuga detrás de la imagen, sino adelante. Las líneas de fuerza salen del interior del icono hacia el espectador; la escena o imagen manda rayos hacia aquel que se abre para recibirlos. Es todo lo contrario de una pintura por ejemplo del Renacimiento, en la que, con un arte especial, se procura dar profundidad de espacio a la escena pintada. En el icono el suceso representado está en primer lugar y los personajes del fondo, al menos en algunos casos, parecen estar en el mismo plano que en el de adelante.

Aún en el caso de que no se limita a un primer plano, el espacio en el icono es poco profundo. No hay ilusión ni cuerpo tridimensional.

En general se puede decir que, gracias a estos sistemas de representación, la línea de fuerza va desde el interior del icono hacia el espectador.

¿CUÁL ES EL SENTIDO DE LAS INSCRIPCIONES Y LOS NOMBRES?

Debemos recordar la importancia del nombre en el Antiguo Testamento, “Muéstrame tu rostro”, “Dime tu nombre”. En la tradición bíblica el nombre determina la naturaleza y el destino de la persona que lo lleva.

Para un semita, un nombre propio es ya una definición de la persona que lo lleva. El nombre de Dios permanece anónimo, el nombre del hombre expresa su persona.

En la aparición de Dios a Moisés (Ex. 3,14) le es revelado el nombre como el “Existente”, “Aquel que es”.

El icono pintado debe llevar escrito el nombre del que representa. Sólo así obtiene su carácter sagrado y su dimensión espiritual. El nombre inscrito no es sólo un signo distintivo o un título, sino que comunica la naturaleza del original, confiere a la imagen su entidad, así el icono queda vinculado con su prototipo, del que es representación.

“La gracia divina es dada a las cosas materiales con la impresión del nombre de aquellos que el icono representa” (San Juan Damasceno).

La inscripción se hace en una de las lenguas litúrgicas bizantinas: griego, eslavo, eclesiástico, árabe, etc. Normalmente las inscripciones están hechas en alfabeto cirílico (de San Cirilo) en los países rusos o en los países balcánicos. Pero se conservan abreviaturas griegas para indicar a la **Madre de Dios = MP ΘΥ**, a **Jesucristo = IC XC** y a veces a un santo = **ΑΓΙΟΣ**.

En la aureola de Cristo, en la que va trazada una cruz, siempre se encuentran las tres letras griegas: **Ω, Ο, Ν**, que significan “El que es”, el nombre de Dios revelado a Moisés cuando estaba en la zarza ardiente. Las letras van: **omega** en el brazo izquierdo, **ómicron** en el centro arriba y **Ni** en el brazo derecho.

Las formas de las letras, especialmente en los iconos eslavos, varían según la época en que han sido hechos, constituyendo de este modo un elemento que ayuda a la determinación de la fecha de la obra.

En el momento de la bendición final, la Iglesia verifica la presencia de la inscripción con el nombre y su correspondencia con la imagen pintada.

¿POR QUÉ DECIMOS QUE UN ICONO SE ESCRIBE Y NO SE PINTA?

Por que Cristo no es solamente el Verbo de Dios, sino también la imagen del Padre. “EL QUE ME HA VISTO A MI, HA VISTO AL PADRE” (Jn. 14,9). La imagen complementa la palabra. Podemos decir que los iconos y las Sagradas Escrituras son complementarios: ambos proponen el mismo y único

tema y tienen una fuerza semejante. “Lo que la palabra lleva al oído, la imagen lo lleva a la vista” dice San Juan Damasceno. Por eso cuando se habla del trabajo del iconógrafo, no se dice pintar un icono, sino “escribir un icono”. Escribir iconos es proclamar la verdad de los misterios de Cristo. LA VERDAD ES UNA PERSONA Y TIENE SU IMAGEN.

Así, la misión apostólica de la Iglesia ha sido ejercitada tanto por la Palabra como por la imagen.

UNA IMAGEN DE CULTO

El icono es una imagen de culto cuyo sentido es que Dios se haga presente. Por eso es un sacramental. Dios se hace presente tanto en el icono como en su palabra, por tanto es fuente de gracia. Posee un lazo ontológico con aquel que representa. Se vuelve presente de una manera particular. No es una presencia igual que la que tiene en la Eucaristía sino que esta relacionada con la teología del símbolo. El símbolo según la enseñanza de los Padres y de la Tradición Litúrgica, contiene en sí la presencia de lo que simboliza.

El conocimiento simbólico apela a la capacidad contemplativa del espíritu para que capte su condición epifánica de “presencia”, figurada, simbolizada, pero bien real de lo trascendente. El lazo ontológico entre la persona de Cristo y su imagen es de naturaleza espiritual. La contemplación del icono se torna así comunión espiritual con la persona representada.

La “presencia” mediante la imagen sagrada se capta por un acto especial: penetrarse de la presencia divina en la imagen, su expectación, su presentimiento. A ella responde una actitud especial: respeto, conmoción, temor y a la vez tendencia a acercarse.

La imagen de culto es sagrada en el sentido estricto de la palabra. Manifiesta que Dios existe y ordena al hombre en actitud sacral de creatura. Traza las fronteras. Dios marcó un límite alrededor del monte declarándolo sagrado, de allí viene la llamada “QUITATE LAS SANDALIAS DE LOS PIES”. Por ser imagen sagrada sacraliza al que se le acerca.

El icono contiene algo incondicionado: está en relación con el dogma, con el sacramento, con la realidad objetiva de la Iglesia. Aquí se prolonga el dogma, la verdad objetiva que no proviene de la experiencia interior del hombre sino que es fruto de la tradición transmitida de generación en generación a través de los siglos.

No depende de la intuición, sensibilidad o abstracción individualista, sino que está en relación con el Hábito del Espíritu. El iconógrafo es un instrumento, un servidor que ejecuta una obra que va más allá del propio individuo. Por lo tanto no debe reflejar su estado anímico. De hecho, no debe verse siquiera la firma del iconógrafo. Ciertamente, en cuanto a obra, también es producida por la capacidad artística, sin embargo está en un sentido especial bajo la dirección del

Espíritu Santo: sirve a Su obra en la Iglesia. La imagen de culto viene de la trascendencia, allí domina la presencia sagrada, la obra humana queda atrás.

El artista debe atenerse a un canon iconográfico para poder expresar la verdad objetiva y realizar una obra verdaderamente bella. La Iglesia no exige que las formas sean antiguas o modernas sino que estén conformes con la verdad.

Cuando se respeta el canon existe una garantía de que el icono reproduce con exactitud el simbolismo de la verdad espiritual lo cual otorga al icono cualidades de instrumento de contemplación y veneración.

Cuando no se respeta el canon, la obra estará seguramente por debajo de lo admisible o bien pasaría a ser una imagen de devoción la cual procede de la experiencia interior del hombre y no de la verdad objetiva.

No debemos confundir imagen de culto con imagen de devoción. La imagen de culto es arte sagrado, la imagen de devoción es arte religioso. El arte religioso moderno ha roto con los cánones iconográficos pretendiendo conquistar su independencia, lo cual sucede si subjetiviza su visión. En este caso el artista busca expresar libremente su propia personalidad, o sea, su propia imagen, sus sentimientos individuales o a veces su piedad personal muy válida por cierto. Pero no busca representar la verdad misteriosa de la Revelación Divina. Así es que a partir de la Edad Media la figura de Cristo fue representada a imagen y semejanza del hombre.

El fin del arte religioso es provocar cierta emoción. En cambio el arte sagrado se propone transfigurar todo sentimiento humano. Como dice Gogol: "Si el arte no culmina en el milagro de transformar el alma del espectador, esta sería simplemente una pasión pasajera".

El Concilio Vaticano II se ocupó del tema del arte como una de las actividades más nobles del ingenio humano, marcando el arte sacro como la cumbre del arte religioso. Y dice a los artistas, a los que están prendados de la belleza y trabajan por ella: "Hoy como ayer, la Iglesia los necesita y se vuelve hacia ustedes. Ella les dice por nuestra voz: No permitan que se rompa una alianza fecunda entre todos. No rehúsen poner su talento al servicio de la verdad divina. No cierren su espíritu al soplo del Espíritu Santo.

Este mundo que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo ello por vuestras manos".

Por último, el Papa Juan Pablo II conmemorando el Segundo Concilio de Nicea dio a conocer una carta apostólica en la que se ocupa del arte sacro recordándonos que el mundo de hoy necesita como nunca la imagen que viene de lo `alto` la cual es capaz de elevarnos suscitando en nosotros la nostalgia de Dios, y nos invita a apreciar los tesoros de la tradición, a no banalizar lo que es

expresión y vehículo de la belleza que tiene que llevarnos hasta el Autor de la Belleza.

Alejandro Ferreirós

Informaciones: “Taller San Lucas”
tallersanlucascba@hotmail.com
teléfono (0054) 0351- 4812498.

Oración que recita un iconógrafo antes de comenzar a escribir un icono

**Tú, Señor y dueño divino de cuanto existe
ilumina y dirige el alma, el corazón y el
espíritu de tu servidor... guía mis manos
para que pueda representar digna y
perfectamente tu imagen, la de tu Santa
Madre y la de los santos, para gloria,
alegría y embellecimiento de tu Santa Iglesia.
Amén.**